

# PILARES DEL ESTADO

## LAS TRES CONCIENCIAS

La conciencia tiene fases que dependen siempre de la clase de consulta que ella recibe o del interés del hecho realizado sin consultarla; y esas fases son tan distintas que están casi limitadas entre sí, dando lugar —en términos figurados— a conciencias diferentes.

Cada fase de conciencia se ocupa de lo suyo. Pero, antes de estudiar las varias fases de conciencias que a mi parecer modesto son pilares del Estado, he de comentar la base en que me fundo y meditar sobre los varios argumentos que presiento.

Quiero, ante todo, asegurarme de que «conciencia» es lo que creo: lo que he creído siempre que era, a pesar de no saberla definir, ni conocer su verdadera esencia, ni poder captar sus ramificaciones psicológicas. Y, a este efecto, quiero razonar sencillamente, aún a fuer de cometer grandes errores.

La conciencia humana es algo así como una voz que dicta leyes destinadas a seguir el buen camino, y que protesta de los hechos punibles. Es como un libro abierto sobre el deber del hombre. («Libro abierto o sin abrir», mejor sería describirla, porque sin letras para ideas, ni páginas siquiera, dice lo que quiere —o lo que tiene que decir— sin jamás equivocarse.)

Ella habla al alma sobre su pasado y su futuro. Le marca el rumbo que ha de seguir. Se esfuerza en orientarla; e insiste lo que puede en sus lecciones. Y renuncia sólo a su tarea cuando la marejada empieza o aquella alma se le vuelve impertinente.

La conciencia es intuitiva, y sin embargo es lenta, o puede serlo. El instinto verdadero es inmediato: se antepone al mando fisiológico. La conciencia en cambio tolera discusiones, razona-

mientos, preguntas y respuestas, momentos de parada y reacciones esporádicas. La conciencia es reflexiva o espiritual, mientras que el verdadero instinto es inmediato y es indeliberado. Está relacionada con la inteligencia y con el sentimiento: pero su enlace con la voluntad es más esporádico. Este enlace es posterior a la consulta, y depende de ella exclusivamente. No está basado en la intuición, que, al fin y al cabo, es psicológica.

La conciencia es rígida y flexible a un solo tiempo: rígida, porque no se altera por sí sola, y flexible porque a veces se doblega ante la razón del hombre que se niega a obedecerla. Es rígida y flexible, según que el alma se preocupe del camino conveniente, o se deje conducir por la impulsión que da la vida: rígida en los hombres dominados por el deber, y flexible si los goces —materiales o morales— reclaman para sí la mejor parte. Mas, rígida o flexible, ella tiende a equilibrar, y cuando *no*, consigue, al menos, sintonizar al ser humano con el medio en que ha logrado su formación.

Actúa, esa conciencia, cual si fuera una palanca. Necesita un punto fijo en qué apoyarse para engendrar la fuerza conducente al equilibrio; y ese punto ha de basarse en el convencimiento de la causa o en el deseo de ajustarse a los principios preferidos. Casi siempre, estos principios nacen del ambiente o de la educación habida. Esta educación y aquel ambiente dan lugar a un compañerismo, que siempre es cosa firme y cosa noble. Es cosa noble sobre todo cuando existen ideales que dignifican el conjunto en que han surgido. El compañerismo da la pauta. El compañerismo es, en efecto, una liga defensiva contra la injusticia, o contra el atropello superior; pero cuando aumenta el radio de su acción, y el atropello o la injusticia son juzgados desde un alto observatorio en que los descontentos tienen mayoría o imponen su criterio por la fuerza o por la amenaza, ese compañerismo pierde todo su valor y se convierte en acto negativo en que la masa emplea su cohesión para lograr lo que desea, con justicia o sin pensar en ella, con mira noble o prescindiendo de criterio, con objeto de alcanzar el bien común o simplemente por deber hacia una causa subversiva.

La sola fuerza de las colectividades se halla en la unión de quienes las integran. Mas como es lógico, el deseo de esa unión debe partir de todos y cada uno de los varios componentes. Desde el momento en que la presión emana —o en que la amenaza impera— la unión pierde su aspecto o su valor socializante, y se

convierte en cosa sometida a tiranía. Por eso, prescindiendo ya de la noción primera —la del compañerismo puro y sano—, podemos caer en la maraña de la intriga, de la política infecunda, del socialismo coordinado con la ambición del individuo...; y esto es, sin duda, lo que se quiere soslayar cuando los fines son patrióticos, o simplemente nobles.

Pero, a pesar de ser patrióticos los fines que yo busco, no es precisamente una conciencia nacional lo que deseo analizar. Me interesa únicamente la acción directa de una suma de conciencias individuales sobre el alma de la masa, o de su propia colectividad. No quiero ir más allá, por no exponerme a casos que me induzcan a un tremendo retroceso. Hay, en efecto, quien asegura que *el simple «bien común» denigra, resta valor a todo y trivializa los conceptos (1)*; y es que, volviendo por pasiva la oración, no conviene confundir una conciencia colectiva con la conciencia referida a cierta masa humana a la cual se tiene afecto, o se guarda algún respeto. La conciencia humana —a que pretendo referirme— influye sobre quélla; influye como el miedo, que —después— refluye de esa masa hacia el que lo produjo sin saber que lo tenía.

Acepto, pues, la idea de reflejo. No obstante, hay ondas que derivan hacia fuera de toda superficie reflectora, o que reflejan contra cuerpos más sutiles o deformes; y, así, tratándose de acciones psicológicas, cabe profundizar hacia los hombres más opuestos a la masa, y cabe ensanchar hacia los lados de la conciencia individual o colectiva. Lo mismo que la luz, esa conciencia, a través del prisma, se descompone; y, a los efectos que interesan a este ensayo, son sólo el rojo, el amarillo y el azul, los colores que se imponen; y estos tres colores, en la escala que me forjo, corresponden a «conciencia laboral», «conciencia política» y «conciencia puramente espiritual».

\* \* \*

Con frecuencia se oye hablar de las dificultades con que un Estado tropieza cuando pretende mejorar su economía o cuando

---

(1) LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS recurre a NIETZSCHE, nada menos, como testigo excepcional (A B C, 28 de mayo de 1956).

quiere simplemente producir lo necesario para asegurar el bienestar y la interior satisfacción de sus trabajadores. La crítica es sencilla, y no envuelve la menor complicación. Pero el hombre de la calle, al repetirla —o hacerse cargo de ella—, se limita a contar que no hay dinero suficiente para lograr lo deseado y que el Estado camina hacia una inminente bancarrota.

Sin embargo, en los casos principales no es dinero lo que falta, sino el buen deseo o el esfuerzo necesario para aplicar debidamente el presupuesto disponible y aumentar de esa manera el rendimiento del tesoro nacional. Y yo que entiendo poco de finanzas, de economía, de hacienda pública y hasta del modo y la manera de fomentar la producción, estoy perfectamente convencido de que la buena voluntad de muchos españoles bastaría para que la Patria consiguiera la gran prosperidad que necesita; y aún considero que esa buena voluntad es equiparable a lo que antes he llamado «conciencia laboral».

Lo importante, pues —si la razón me asiste—, no es la falta de dinero. Alemania renovó su economía, a partir del día en que se puso a trabajar, sin otros medios que los brazos de los hombres que querían vivir y la inteligencia de unos jefes decididos a asegurar la paz. El dinero, apareció después. Vino a consecuencia del trabajo; y, más que del trabajo propiamente dicho, vino de su propio rendimiento y eficacia. Alemania trabajó conscientemente; como trabajan las naciones poderosas. Alemania —como Suiza y como Suecia— logró que todo produjera..., que todo fuera inmejorable... que sus máquinas tuvieran las medidas, la duración y las especificaciones convenientes...; y eso lo consiguió mediante su conciencia laboral. En nuestros días, el maestro inculca lo preciso a los alumnos, en la forma conveniente para que sus lecciones rindan; el obrero no entra a trabajar sin conocer a fondo su misión, el ingeniero no prescinde del tiempo necesario para medir cada proyecto, el soldado cumple debidamente lo mandado, el político medita lo preciso, el mecánico obedece y el hombre de la calle no critica. Cada cual trabaja con arreglo a lo que sabe, y nada más. Cada cual procura estar en condiciones de realizar una obra muy perfecta; y cada cual —en fin— pone el alma en su labor: sigue los dictados de su conciencia.

En España se puede hacer lo mismo. Para ello ha de empezarse por saber. Hay que evitar protestas que no estén justifica-

das. Hay que fijar un límite a la verbosidad del hombre. Hay que desterrar esa «ingeniosa cuquería» de que se ufana tanta gente, y que es la característica de los diversos personajes presentados por Cervantes —nada menos— en su famoso *Rinconete y Cortadillo*. Hay que suprimir la «chapucería» y lograr que ese vocablo —intraducible a otros idiomas europeos— quede relegado para siempre al diccionario histórico. En resumen, conviene meditar cada proyecto con la anticipación indispensable; luego, proyectar cada labor antes de hacerla, y —en fin— dejar de lado nuestra costumbre de improvisarlo todo por creer que no hace falta organizar.

En estas condiciones —y a pesar de lo expresado— podrán ser criticados ciertos aumentos, podrán algunas fábricas fallar, podrán fallar las obras (el rendimiento de una pieza, la duración de un pavimento, las proporciones de un sistema, los ajustes de una máquina, la solidez de un edificio o la naturaleza de un producto): pero, desde el momento en que las piezas se construyan, los suelos se coloquen, los trabajos se hagan, los ajustes se proyecten, los edificios se levanten y los productos lleguen al comercio, será señal de haber habido lo preciso para todo, y habrá que hallar la causa de las grandes deficiencias en algo que no sea el material indispensable para el trabajo o los medios destinados a adquirir el referido material. Y aún podrá fallar el trabajo mismo (el del peón, el del especialista, el del ingeniero, el de la propia empresa); mas como quiera que hay opción para elegir ese peón y existen centros instructivos para todos los demás trabajadores, parece lógico pensar que —al fin y al cabo— el hombre sólo es responsable de la falta que hoy se imputa —arbitrariamente— a la economía nacional.

Ese hombre tiene la culpa. Cuando el teléfono se para o el coche suena, o los tornillos de la máquina se rompen, o ésta rechina, o la puerta no se cierra, o el muelle no funciona, o la receta falla, o el firme se estropea, o la obra se derrumba..., hay que buscar la causa en la falta de interés de alguno o varios de los muchos que han intervenido en los trabajos conducentes al funcionamiento de ese muelle, ejecución de la obra, encaje de las piezas o marcha del conjunto. No cabe tan siquiera rebotar aquella falta a las materias primas o a los productos manufacturados que fueron empleados en las etapas sucesivas, porque si el plano es imperfecto, el ingrediente es incompleto, el peso está mal hecho o

el tiempo utilizado en la tarea fué reducido, otra vez la falta va a parar a un ser humano que no tuvo la conciencia laboral indispensable para que el trabajo se ajustara a lo mandado.

No hay razón alguna para que las obras y los productos españoles sean de calidad inferior a la de los productos extranjeros. Si la materia prima es conveniente, la maquinaria es bastante buena, los métodos empleados son normales, la capacidad profesional es suficiente, la conciencia laboral es la debida... el resultado conseguido en nuestras fábricas y por nuestras sociedades será siempre perfecto. Podrá una máquina muy buena no llegar a producir lo necesario, podrá la escasa práctica de técnicos y obreros originar retrasos temporales, podrán los accidentes o los hechos imprevistos e imprevisibles dar lugar a paralizaciones momentáneas que intensifiquen los retardos anteriores...; mas si se cumplen las condiciones básicas citadas el producto a pie de fábrica, la marcha del convoy, la obra terminada, el servicio contratado o —dicho de una vez— el resultado conseguido, tendrán la perfección que ofrecen las construcciones suecas, los servicios alemanes y las organizaciones norteamericanas.

Y de que somos capaces de ello es prueba suficiente el hecho de que puestos a realizar un arma, a pintar un cuadro, a construir una basílica, a proyectar un instrumento o a poner en marcha unos talleres, lo hacemos como todos, y, a veces, mejor que los demás. Pero lo grave es que estos instrumentos y talleres y aquellos cuadros y edificios suelen bastarnos para propia vanagloria. Un ejemplar de lo mejor que hay en el mundo nos satisface más que unos millones de algo menos excelente —menos lucido o menos duradero— que llenaría mejor las necesidades de otros tantos españoles; y un solo día de orgullo —el del artículo en la prensa o el de la inauguración ante una masa extraordinaria— nos compensa el hecho de que cierta deficiencia cualitativa se intensifique con el tiempo o de que surjan los defectos resultantes de nuestra insuficiente perseverancia.

En nuestros presupuestos, los gastos de conservación figuran pocas veces. No suelen preocuparnos tales gastos. Con nuestro carácter, la llamarada es suficiente. La labor de un español nos basta para hallarnos satisfechos y medir la obra que España puede realizar. Hemos descubierto América, y aún no conocemos bien las Urdes, Andorra, ni muchos monasterios de los siglos que pasaron. Cervantes nos legó su *Don Quijote de la Mancha* para de-

cirnos cómo somos y ver si de ese modo reaccionábamos un poco; pero su lección fué insuficiente: nos ufanamos de su obra y de haber sido su «modelo», y seguimos siendo como fuimos.

\* \* \*

El útil espiritual para el trabajo tiene tres dimensiones, que son: la *inteligencia*, la *capacidad profesional* y la *conciencia laboral*; y aun cabe asegurar —en función de física moderna— que ese útil tiene cuarta dimensión, y que —relacionada con el tiempo— ésta se llama *continuidad*.

La *inteligencia* es indispensable para comprender, en ciertos casos, la razón o el objeto terminante del trabajo encomendado, y, en otros, el fin más inmediato del esfuerzo realizado. Según se trate de una meta más o menos alejada o de un fin particular o general, será más grande o más pequeña la inteligencia necesaria para integrar la dimensión primera de nuestro útil laboral.

Cuando la inteligencia individual es suficientemente grande el trabajo impersonal es más completo; pero cuando aquello no sucede es necesario un subterfugio; y, en busca de él, se acude simplemente a distribuir entre diversos ingenieros la labor a realizar.

La división del trabajo se lleva siempre a cabo en las escalas inferiores. El tornero tornea solamente y tornea siempre en su mismo torno. En cambio, en las escalas superiores, la especialización es consecuencia de la capacidad de razonar, y, más aún, de la capacidad de extender el razonamiento a asuntos que no sean los que diariamente se manejan o sobre los que diariamente se discurre.

En los territorios anglosajón y escandinavo, la citada división —bien por costumbre, bien por conseguir más perfección, bien porque la menor inteligencia de la raza induce a ello— se intensifica más que en los latinos. Y no cabe duda que aplicando aquel sistema a estos países el resultado sería extraordinario; pero algo es conveniente reservar en beneficio del ser que piensa a fin de que su inteligencia le permita gozar de cierta variación en su labor y de la consiguiente satisfacción de creerse reyezuelo del terreno en que se siente un poco firme.

\* \* \*

En cuanto se refiere a las otras dimensiones hay que empezar por distinguir concretamente entre el valor de la *aptitud profesional* y el interés de la *conciencia laboral*. Son algo así, en efecto, como las bases psicológicas del hombre destinado a proyectar. Son cosa parecida a su *saber* y a su *querer*. Aquélla —completada con la inteligencia (que es *poder*)— es consecuencia del estudio o de la práctica y del funcionamiento de los centros de enseñanza. Esta, en cambio, es inherente al individuo; la educación la crea y la intensifica; pero el ambiente en que se mueve cada cual será la causa de su elevación o de su caída vertical. Es más, el mencionado ambiente puede por sí sólo *crear* y *mantener* esa conciencia, y, por eso, acaso, sea preferible comenzar hablando de ella, y dejar para después lo referente a la aptitud profesional.

\* \* \*

La *conciencia laboral* es base indispensable de trabajo. Sin ella el «capataz» es necesario; y no olvidemos que ese término resulta de una labor desconocida en muchos sitios. Ni es lógico —en efecto— imponerse sin dar ejemplo, ni tiene sentido el hecho de aumentar el rendimiento del trabajo a fuerza de hombres que no tienen la misión de trabajar; y, sin embargo, en nuestra vida laboral, a más de innumerables capataces, hacen falta vigilantes, inspectores, guardias especiales, policías, conserjes y lacayos en número bastante más crecido que en otros países europeos y americanos.

La inspección es necesaria, en efecto, a partir del primer instante: desde antes de empezar a trabajar. El título oficial y el certificado privado suelen ser insuficientes para conocer las condiciones del que desea la plaza que está vacante. Casi todos aspiramos a misiones de mayor categoría que la nuestra. Casi todos pretendemos —o hemos pretendido (en muy diversas ocasiones)— llegar a puestos para los cuales no nos hemos preparado o nuestra preparación era incompleta. Un vistazo alrededor nos basta para creernos con derecho a lo más alto; nos basta sobre todo cuando hay otros que han llegado injustamente. Los vemos en su sitio, y, sin pensar en su derecho, nos sentimos con aptitud más grande que la suya. No nos importa que la nuestra ni la de ellos sean insuficientes. La comparación nos basta y prescindimos del efecto. El entusiasmo se antepone a todo o el egoísmo manda: el



el ingeniero espera dirigir la fábrica, el capitán desea mandar un batallón, el secretario quiere el puesto de su jefe, el auxiliar pide una cátedra, el peón pretende ser especialista y la cocinera se presenta con saber sólo guisar una bazofia. Y cuando, luego, se pone en claro que el albañil no sabe hacer la mezcla, que el mecanógrafo no escribe muy de prisa o que el auxiliar es incapaz de pergeñar un documento, es tarde ya para el remedio porque la ley protege al que trabaja por el hecho de que se halla contratado.

La falta de conciencia facilitó el ingreso; y quien no tuvo conciencia suficiente al ofrecerse mal pudo estar —y continuar— a la altura indispensable para honrar su propia oferta.

La conciencia laboral es necesaria cada día y en cada instante. Ayuda a trabajar con precisión y con firmeza; y el conjunto de las conciencias laborales de empresarios y de obreros dan un rendimiento extraordinario.

Cada obra pasa por varias manos, y ha de tenerse en cuenta que una deficiencia nunca resta, sino divide, y que varias deficiencias dan lugar a una raíz siempre nefasta para el centro que produce y para el propio Estado.

En estos años, «velocidad» equivale a punto muerto. La progresión importa solamente. La «aceleración» ha reemplazado a esa velocidad; y, a fin de mantenerla es necesario lubricar eternamente y exterminar el menor signo que no se halle destinado a impulsar con energía. El Estado tiene el deber de cooperar a tal esfuerzo, y lo hará sin duda cuando todo componente del tinglado que lo integra tenga la conciencia laboral que preconizo.

\* \* \*

He dicho anteriormente que esa conciencia exige el conocimiento intenso del trabajo que ha de hacerse. Las escuelas de aprendices, las universidades obreras y las facultades especiales son los «centros» en que el hombre se prepara para integrar la máquina cuya conciencia laboral dará lugar al rendimiento patrio. En dichas facultades, escuelas y universidades, los conocimientos necesarios para el trabajo —o los conocimientos indispensables para adquirir otros mayores— son inculcados en las juventudes nacionales, sin que éstas intervengan en los procedimientos empleados. De éstos, el Estado solamente es responsable. Varían eternamente los programas de enseñanza y la organización de los di-

versos centros. Mas lo que quiero analizar no es lo referente al mejor funcionamiento del trabajo, sino lo concerniente al rendimiento conseguible con un gran aumento de conciencia laboral.

En las aulas, muchos dicen lo que saben ligándolo con su trabajo propio. Cada uno de esos muchos quiere impresionar a sus discípulos con lo que éstos desconocen. Cada uno piensa en el efecto, mas no en el resultado. Y sucede, sin embargo, en la enseñanza, que cuanto menos ciencia exterioriza el profesor más fácilmente la asimilan los alumnos.

En dicho trabajo las capas superiores son, a veces, muy complejas; y conviene, por lo mismo, no llegar a vislumbrarlas. Mas éstas y otras muchas son reglas de una ciencia cuyo valor se olvida. La didáctica, sin duda, es fundamental para enseñar. Con ella y buen sentido, y estudiando cada día lo preciso, y aún pensando en la manera de enseñar se logra mucho más que conociendo la materia más o fondo que los técnicos capaces de ahondar en ella intensamente.

Los planes de enseñanza reformados no elevan —por sí solos— el nivel intelectual de nuestras juventudes; las reformas no conducen a mayor preparación para el trabajo. Lo cíclico y no cíclico, los programas de materias, los sistemas de concursos... podrán originar subidas o bajadas momentáneas en los resultados obtenidos; pero lo importante no está en los métodos, ni en los reglamentos y decretos, sino en la *conciencia laboral* puesta al servicio de la enseñanza: *conciencia* de los que escriben textos; *conciencia* de los que eligen tales textos para los estudiantes, y *conciencia* de los que, al frente de una escuela o de una cátedra, toman lecciones, dan conferencias, inducen al trabajo, vigilan, preparan, examinan y —a su vez— exaltan la conciencia de quienes —luego— rendirán más que nosotros a la patria.

No es a fuerza de saber o de entender que cada cual enseña un poco más. Por el contrario: un solo «paso» es suficiente en cuestión de libros y en cuestión de cátedra o de escuela. *One step forward*, dicen los ingleses. El mejor texto sólo ha de tener lo indispensable para el curso a que se encuentra destinado; y el mejor maestro debe saber sólo lo que tiene que enseñar. La claridad y la concisión de aquél y de éste son factores necesarios. Hay que escribir para los torpes y hablar para la gente que fija malamente su atención. Hay que dar la sensación en todo caso de que el «paso» es decisivo, porque no hay más ciencia en este

mundo. La ciencia es, en efecto, como el agua de regar. Ella fecunda, cuando sigue su canal tranquilamente; pero destruye sin piedad si la compuerta se abre demasiado.

\* \* \*

Durante la época romana, en plena autodeificación de los emperadores, el Senado impuso la presencia de un esclavo que —en ocasiones importantes— se mantenía cerca del augusto personaje y le repetía incesantemente: «recuerda que eres hombre, y hombre solamente».

Yo ignoro hasta qué punto el Soberano soportaba con paciencia ese repique abominable, ni si muchos consiguieron evitarlo. Pero sé que el buen esclavo de que tratan ciertos historiadores desempeñaba un papel completamente estéril, pues sólo la conciencia es capaz de conseguir en buena forma lo que el Senado se propuso mediante la acción impuesta por su intransigente mayoría.

\* \* \*

En otros tiempos, muchos pueblos se regían por la costumbre. Esta equivalía a tradición, y la tradición era bastante respetada. Es más, la tradición, a veces, resultaba innecesaria; la colectividad, pensando, ocupaba su lugar. Dice el insigne meditador y biólogo Teilhard que en los tiempos preneolíticos, los pueblos primitivos disponían de una a modo de «co-conciencia colectiva» que facilitaba extraordinariamente la cohesión indispensable para su propio desarrollo (2).

En la época histórica, el hecho se ha reproducido. Son numerosos los ejemplos que lo prueban.

En casa de Caifás, sobre la altura próxima a Jerusalén, todos se unieron para condenar a Jesucristo. Fué la sola vez que las familias más opuestas en ideas —las dos pontificales o pontificables— opinaron de igual modo. No se trataba de juzgar a un hombre, sino de adoptar la solución más conveniente para soslayar castigos ulteriores. Se trataba, simplemente, de contentar a Roma: de evitar reacciones de su gran Emperador. «Si todos creen en Cristo

---

(2) P. TEILHARD DE CHARDIN: *Le Groupe Zoologique humain*. París, 1956.

—se decían—, los romanos destruirán nuestra nación, y arrasarán nuestra ciudad.» Cristo, en efecto, agitaba intensamente. Sus milagros aumentaban y la gente le seguía. En casos parecidos, las represalias anteriores habían sido violentísimas; y en el de la sazón aquélla, el «movimiento» era contrario a los grandes intereses del Imperio. El peligro —en consecuencia— se aproximaba, y... predominó la idea de que un hombre debía morir para que toda la nación no pereciera.

¡ Un Hombre! ¿Quién duda que ellos lo creían? Y quiso Dios que lo creyeran para sembrar el grano que florecería en «Cristianismo». Mas no se trata de esto, en el momento en que ahora estamos. Se trata únicamente de realzar la variación habida con el tiempo, y —según lo dicho— con la Civilización. Es más, esta sola civilización ha sido suficiente para producir el cambio. Ella, en efecto, equivale a tiempo; y, así, mientras que en Palestina ocurre lo ya dicho, en el Imperio, el problema ético se impone entre los dirigentes. «El dinero, ganado rápidamente y sin esfuerzo, provoca una intensa desmoralización. Pompeyo, en 51, trae, sólo de Oriente, un botín que asciende a 216 millones de francos-oro; y ese oro sólo tiene una salida: el lujo, la mansión, la mesa y el vestido. Los gastos son estafalarios. Por lucir únicamente se aumenta el número de esclavos. Y esta influencia desastrosa no se limita al ambiente beneficiario —grandes funcionarios, generales...—, sino que aun se extiende hasta los mismos legionarios, y, por el sistema de clientela, todo el pueblo se acostumbra a la vagancia, y abandona su trabajo» (3).

Casos semejantes se repiten con los años y hasta con los siglos. Se hace pues sentir la precisión de aquella voz de esclavo que nos parecía estéril. Mas esto sólo fuera un mal remedio o un simple paliativo. La conciencia es preferible; aunque a veces se despierta sólo a causa de una voz extraña. Se despierta, sin embargo, si la comunidad se lo propone. Pero, cuando ésta no se atreve a dirigirse a quien dirige, o el que dirige está muy lejos, sólo cabe organizar un núcleo responsable ante ella misma, cuya subconciencia corresponda a la conciencia nacional.

Las primeras juntas estatales realizaron esta misión. El rey dejó de ser omnipotente, por exigencias de su pueblo y por su deseo mismo. Su conciencia —ya política— le recordaba siempre la con-

(3) LEON HOMO: *Nueva Historia de Roma*. Barcelona. 1946

veniencia de oír siquiera un buen consejo antes de resolver. Las decisiones concernientes a los asuntos importantes llegaron a tomarse --por costumbre-- después de una reunión compuesta de personas que exponían claramente su opinión. Cada una de ellas emitía el parecer nacido en lo más íntimo; y, así, el monarca, sostenido por la idea que emanaba del conjunto, reposaba su conciencia sobre firme.

No obstante, la historia está repleta de excepciones. El consejo celebrado para decidir sobre la suerte del Gran Maestre de los Templarios y de sus colaboradores inmediatos --suerte, al propio tiempo, de la Orden famosísima que había salvado la situación de Oriente Medio y la economía de naciones importantes (4)-- estuvo presidida por Philippe le Bel, y sus vocales fueron los tres hijos del monarca (5), el Coadyutor del Reino, el Guarda Sellos, el Maestro de Justicia, el Gran Chambelán del Rey, y, en fin, dos escribientes escogidos y dignos de sentarse junto a la mesa en que los actos principales al Estado se decidían (6). Y, en este consejo, el monarca sentenció a la hoguera a los diversos reos, a pesar de la opinión contraria de los principales personajes anteriores. Pero, a la sazón, predominaba la conciencia --o la pasión quizás-- sobre el orden emanado de pareceres colectivos. Philippe le Bel tenía la responsabilidad del resultado. El peso de ella recaía sobre sus espaldas y no sobre las espaldas del Consejo. Estaba lejos de su pueblo, y no lo escuchaba. Mejor dicho, el pueblo no tenía la suficiente personalidad para hacerse oír por el monarca; y no la tenía porque su opinión era inconcreta, y acaso era inconcreta --esa opinión-- por la costumbre de creer que la regia solución estaba justificada por la divina gracia o por la infalibilidad del soberano.

Es más, andando el tiempo --y transcurridos varios siglos--, la historia nos presenta casos en que la conciencia del monarca le induce a resolver en contra de sus propios intereses. Acepta ideas extranjeras porque las considera necesarias para el progreso nacional, y las impone a la nobleza y al Estado que empieza a arrebatarle su poder. Nuestro buen Carlos III se mostró siempre dis-

---

(4) Siglo XII

(5) Luis de Navarra, el Conde de Poitiers y el futuro Carlos IV.

(6) MAURICE DRUOU: *Les Rois Maudits*. Primer volumen, pág. 88. París, 1955.

puesto a acatar ideas que no estaban toleradas en España; ideas de libros que sólo circulaban en la clandestinidad. Rousseau, en efecto, era poco conocido; y, sin embargo, sus principios estaban aceptados por los más obstruccionistas. Y, en estas circunstancias, el monarca profería los resultados, y prescindía de pareceres. Se imponía mediante aquellos resultados, porque su conciencia le inducía a olvidarse de toda momentánea popularidad.

¿Conciencia política? No es fácil decir si estaba ya desarrollada. Sobre todo, no es fácil compararla con la de nuestro tiempo. Una cosa es, en efecto, lo que ha de hacerse por interés de pocos (aunque esos pocos no conozcan su interés), y otra es lo que más conviene para el bienestar de todos (por entender que la opinión de cierta mayoría es la que debe ser impuesta). El monarca puede —podía entonces— tener una conciencia política amoldable a cualquiera de esos dos principios. Pero, esa conciencia política está influida siempre por las cualidades personales. El miedo y el valor, la seguridad en sí mismo, el temor a la responsabilidad... son factores que moldean la conciencia y que la hacen influir distintamente, según sean las circunstancias en que el hecho se produce o el ambiente en que el rey se desenvuelve.

No fué hasta comenzado el siglo XIX cuando, en España, el soberano se vió obligado —por mal menor— a resignarse ante el rumor llegado desde la calle en que la gente circulaba, o de la plaza en que esa misma gente se alborotaba contra unas decisiones que suponía equivocadas. Se vió obligado a ello, siquiera de momento. Hubo alternativas, en efecto, que indujeron a reacciones. Los años inmediatos sirvieron de lección; mas los siglos ya pasados se olvidaron. Y así nació una a modo de conciencia colectiva, no siempre suma de conciencias individuales; una conciencia, que, al fin y al cabo, equivocadamente o no, se imponía al propio rey, cuya conciencia personal —o cuya pusilanidad— le inducía a obedecer, y, así, ciertos errores, originaron grandes vaivenes cuyas nefastas consecuencias quedaron sin remedio.

El monarca tuvo que soslayar su propia conciencia. Mas la conciencia colectiva que se impuso fué la de España, y no la de una simple «mayoría».

Nuestros liberales de 1812 creían honradamente que estaban dando a su país lo que él necesitaba y lo que su pueblo deseaba. Pero... estaban trágica y absurdamente equivocados. «El pueblo español quería una cosa diferente. No había soportado los sufri-

mientos de aquellos años tan tremendos con el solo fin de sustituir el bonapartismo por el liberalismo galo. Había combatido a los franceses con el mismo espíritu que al moro, en una guerra santa contra los enemigos de la fe, y al descubrir que sus dirigidos compartían substancialmente las ideas de sus propios enemigos, se originó una sensación de fracaso y de traición, que fué la verdadera fuente de las guerras civiles que llenan el período subsiguiente de la historia de España» (7).

La equivocación —en tales casos— produce desengaño. Y, a partir de ese momento, la conciencia colectiva se embarulla.

Cada uno toma su partido.

Hay —entre todos— quien aspira a ser regido y quien aspira a dominar. Y, desgraciadamente, los que aspiran a regir son quienes dan lugar a las pequeñas vibraciones que se sienten en la calle, o produce el diario que se lee cada mañana. «Regir» —en todo tiempo— fué el deseo del hombre interesado en la política; y, sin embargo, el apolítico pretende ser regido con arreglo a ideas que faciliten su trabajo. «Pan y justicia» pide el que sabe lo que es hambre o que ha sido maltratado; y «pan y justicia» ofrecen los que quieren elevarse por encima de una masa a la que simplemente apoyarán; y es indispensable conseguir de los primeros que no se dejen dominar por los segundos, más que si éstos reúnen garantías suficientes para ejercer debidamente su mandato.

El simple deseo de actuar en la política se convierte, con frecuencia, en ansia verdadera; y éste es el peligro que se infiere de una posible democracia. Lógicamente el hombre quiere intervenir en los asuntos del Estado; pero, del grado, de la cuantía, de la importancia de su deseo depende el resultado conseguible con la intervención de todos los que integran la Nación.

El asunto, por supuesto, ni da mucho de sí ni da bastante para todos. Hay que ser muy parco en la materia, a fin de que la suma de ambiciones no origine un lastre muy pesado para el país. Hay que evitar que esa ambición total rebase el límite correspondiente a un sufragio reducido. Hay que diferenciar el voto, de la intervención directa en las cuestiones estatales. Hay que ofrecer ideas, mas no imponerlas.

---

(7) CHRISTOPHER DAWSON: «España y Europa». Ensayo publicado en *Punta Europa*. (Enero, 1956.)

Esto origina cierta evolución. No obstante la diferencia está en la hora, y no en la idea. La «mancha de aceite» no se emplea; ha entregado su puesto a una política de acción. Hace un par de siglos, la política, ella misma, era apolítica. Hace uno solo, esa política influía en las realizaciones a medida que éstas germinaban. Hoy, en cambio, la política no democrática consiste en imponer la idea previamente, y en acelerar la ejecución. Y pongo por delante la política «no democrática», porque la otra —la verdadera otra— sólo es democrática de nombre, y soslaya las conciencias de los seres destinados a obedecer. (Cada persona un poco osada se considera el dictador de su modesta «causa», y origina un *mare magnum* parlamentario que nadie sabe cómo remediar).

En estas condiciones, los hombres se agrupan torpemente y los partidos son como rebaños cuyos pastores no tienen conciencia. Se llega, de ese modo, a un tinglado artificial; y después de meditar —o de oír discursos incongruentes o de filosofar estérilmente sobre los sistemas convenientes— todo acaba en núcleos constituidos respectivamente por los contentos y por los descontentos. El «descontento» quiere «progresar» porque el progreso *puede* traerle más comodidades y más satisfacciones; pero el «contento» —y satisfecho de la vida— se contenta con la permanencia o la «reacción» incluso (porque sus padres le aseguran que otros tiempos ya pasados fueron mejores).

Es más, al constituirse en nuestro siglo, el «Estado Monstruo» cuyo vida crece a consecuencia de intereses naturales, empieza a ocurrir que se hallan satisfechos los que de algún modo están relacionados con dicho Estado, mientras que todos los restantes —en oposición al mismo— integran el inmenso grupo constituido por aquellos descontentos.

La guerra surge, pues, entre el Estado y los regidos por el mismo. Esa guerra da lugar a una protesta nacional; y esa protesta se exterioriza diariamente en las conversaciones, en las costumbres, en la prensa e incluso en las novelas: una protesta más o menos agresiva, según la fuerza del Estado, según su régimen, según sus medios y según sus modos y maneras.

A veces, la protesta es suave. Es aún platónica.

En la *Hora veinticinco* de C. Virgil Gheorghiuw (8), aparece, entre sentencias aplastantes, la oración siguiente: «Recemos al

(8) *La Vingt-cinquième heure*. (París, 1949.)



Señor por los que tienen la menor autoridad; recemos por aquéllos que ejecutan la tiranía impersonal de cada Estado; por los que investigan; por los que promulgan las interdicciones, para que ellos no concedan a la letra y a la cifra más importancia que a la carne y a la sangre». Oración que dicha por Koruga, el sacerdote de Fontana —ahito ya de rebuscar a Iohann Móritz— parece espléndida. Mas como a la hora y en el día en que leí los párrafos de esa novela espeluznante, yo era *un poco funcionario*, sentí un ligero reconcomio que me indujo a rellenar una cuartilla con lo siguiente: «Señor: Perdona al que no ayuda al ciudadano honrado y justo. Perdona a cuantos se opusieron a los usos y costumbres de los pueblos primitivos, y obligaron a los hombres a apartarlos. Perdona a los que hicieron necesario el empleado y el odioso funcionario de los tiempos ulteriores. Perdona a los que amargan la existencia de esos tales funcionarios, creándoles problemas de conciencia que no tienen solución; y perdona al bolchevique que a fuerza de luchar contra el Estado consiguió que todo el mundo formara parte de él». Y recuerdo que, luego de escribir esa respuesta, me quedé un poco aliviado.

Pero, en la actualidad, no sé si habría pensado lo mismo.

Ahora, después de los fracasos estatales, creo indispensable que la conciencia del político respete a la Nación.

Después de todo, el Estado es cuerpo, y la Nación es alma. El Estado es «ente» que los hombres forman con su esfuerzo y su deseo; mientras que la Nación es algo que se encuentra por encima de estos hombres, que los domina, que los induce a unirse y a trabajar como una masa. El Estado crece con la vida y con los siglos, hasta absorber a todos los que están en territorio nacional; y, en cambio, la Nación pierde su fuerza con los años y con las grandes asociaciones que los pueblos tienden a formar, y que los Estados autorizan... *a fortiori*. Por eso, cada cual está obligado —según lo dicho— a elevar su espíritu hacia la Nación de que él es parte. Cada cual tiene el deber —incluso— de constituirse en deudo y en subordinado de esa Nación, a fin de que sobre ella, por medio del Estado, revierta el beneficio necesario.

El trabajo —por lo tanto— es nacional; y es moralmente obligatorio. El hombre puede realizarlo —ese trabajo nacional— privadamente o como parte del Estado. Puede incluso hacerlo a través de corporaciones o de empresas de muy distinto género. Importa poco que el servicio que él realiza sea directo o sea in-

directo. Lo que interesa únicamente es la manera de servir. La acción ha de ser plena y convergente. Trabajos divergentes no pueden conducir a un fin perfecto. Se estorban entre sí; no son patrióticos. El servicio humano, pues, debe seguir una exclusiva directriz, y ésta ha de ser elemental. Un poco de conciencia —política, sin duda— ayuda a conseguir lo expuesto.

\* \* \*

En relación a estos principios, el Estado lucha. Su ideal consiste en exigir su cumplimiento. Pero, en el caso nuestro, su labor es lenta. No logra imponerse a los que no tienen conciencia; y, desgraciadamente, el ansia de ganar un poco más de lo preciso da lugar a aquella falta de conciencia, y a que sea difícil evitar dobles destinos y ocupaciones exteriores que se interponen al trabajo original.

La reforma es necesaria. No es posible continuar por el camino comenzado. Lo que antes era una excepción, se ha convertido ya en costumbre; y la costumbre se generaliza extraordinariamente. Pongo por caso el funcionario que emplea sus horas libres en un destino ajeno a su carrera. El piensa de seguro que puede utilizar aquellas horas libres en la forma que le plazca; y eso lo cree porque se olvida de que cuando su trabajo extraordinario es productivo o interesante, dedica ciertas horas de su oficio en meditar acerca de él, e, inversamente, no se acuerda de ese oficio cuando está desempeñando otra misión. El resultado —lógicamente— es perjudicial para la fábrica, para el regimiento o para la oficina.

El cambio exige, por supuesto, buen deseo del ciudadano y buena ayuda del Estado. Este ha de pensar que al fin y al cabo, las horas de trabajo son las mismas, y que es preferible que un destino esté cubierto por un solo funcionario que cobre lo que cobran —en total— los dos o tres que desempeñan la labor que puede hacer un hombre solo.

\* \* \*

La organización moderna del trabajo proporciona simultáneamente más rendimiento y mayores beneficios. A esto ha de agregarse que el automatismo reduce mucho el esfuerzo físico...; que las nuevas máquinas efectúan de una vez operaciones que antes

se realizaban sucesivamente...; que los tornos más recientes, las fresadoras últimas, las barrenadoras, copiadoras y pulimentadoras, trabajan más de prisa que *in illo tempore*...; que la precisión suprime imperfecciones, que las herramientas son mejores, que la fotoanálisis evita graves accidentes y la estereoscopia facilita los trabajos...; que los talleres son más amplios, más luminosos, más limpios y más aireados...; que el botón eléctrico reduce los esfuerzos, que la electrónica automatiza numerosas transmisiones, que las distribuciones son perfectas y las clasificaciones automáticas, que las calculadoras solucionan casi instantáneamente operaciones que el hombre sólo puede hacer en varias horas...; y tantas otras novedades podrían citarse que ellas solas bastarían para un artículo muy largo, sin dejar lugar a comentarios sobre las ventajas resultantes de los perfeccionamientos sucesivos de los métodos fabriles.

Pues bien, tales adelantos, logrados con el fin de perfeccionar la industria, son ventajosos para cuantos participan en la misma. Los proyectistas de las instalaciones más recientes, los inventores de las máquinas modernas y los perfeccionadores de los métodos fabriles, tratan, siempre, con su trabajo, de competir *contra lo viejo*, a fin de mejorar los resultados económicos. El que necesita alguna máquina, busca la mejor, la más segura y duradera, la más precisa, porque estas ventajas solucionan el problema que él pretende resolver. Lo más caro a veces mejora su negocio; y el mejoramiento conseguido redundará siempre en beneficio del obrero, que de ahora en adelante realiza menor esfuerzo y trabaja más sencillamente. Además, el menor tiempo asegurado por la máquina moderna da lugar a un incremento de producción y a un beneficio que suele distribuirse equitativamente entre los trabajadores y la empresa; y, de este modo, el tornero, el dibujante, el maquinista, el forjador... están ligados a la ganancia conseguida, y aquella empresa rinde lo preciso para alcanzar el beneficio tolerado y hacer subir la condición de sus diversos productores.

Como es lógico, el perfeccionamiento de la máquina y el automatismo de los hornos y de ciertas instalaciones eléctricas e hidráulicas, origina una importante reducción de mano de obra. La labor, a veces, se reduce a vigilancia; y, con frecuencia, un solo hombre tiene a cargo varios tornos alineados y dispuestos a lo largo de una simple cristalera, sin transmisiones aparentes, ni desagües exteriores. Sobra gente, de ese modo, en cada empresa; mas como nacen otras, incubadas en oculta competencia y en que

la mecanización ejerce una misión preponderante, ocurre que el obrero tiende a seguir la línea menos resistente, y contribuye, de ese modo, a imponer facilidades que elevan su condición social.

El problema se halla en vía de una buena solución. Falta sólo asegurar que los productos no decaigan. Es necesario mejorar continuamente. Lo importante no es ser felicitado por los presentes, sino que nuestros nietos se feliciten de la labor desarrollada por nosotros.

\* \* \*

De cuanto queda expuesto se deduce que así como la «conciencia laboral» es única y depende sólo de la capacidad profesional (debidamente coordinada con la inteligencia), la «política» presenta aplicaciones diferentes o tiene orígenes opuestos. ¡Orígenes o aplicaciones! Yo no sé expresarme claramente. «Orígenes, porque de la idea ajena (la de la masa, la del partido...) o de la idea propia (la base educativa, la tendencia política...), puede derivar la orientación definitiva; y, «aplicaciones», porque éstas revierten sobre el bienestar de aquella masa con el fin de complacerla (de seguir su idea, de saciar su voluntad consciente...) o sobre el resultado práctico de la propia idea, que ha de estar encauzada hacia la conveniencia de esa misma masa aunque esta conveniencia no sea compatible con su orientación política.

Mas si dos son los aspectos que la «conciencia política» presenta, aún ofrece más aspectos la «espiritual», que sobre ser únicamente «religiosa», puede derivar, con más o menos fuerza o intensidad, hacia una «moral» profundamente humana o hacia una serie de principios personales.

\* \* \*

La «conciencia espiritual» está basada sobre el instinto o sobre la educación. Estos pueden producirla, y aún fomentarla más o menos.

De igual origen surgen: la «religión» y la «moral». Pero, a pesar de su comunidad, es difícil discriminar sobre las tres bases citadas.

La «conciencia original», la «influencia religiosa» y la «mo-

ral innata o inculcada suavemente», suelen estar ligadas. Los consejos de una madre o de un educador inteligente les dan caracteres parecidos. Nacen simultáneamente; y están como los hilos de una madeja enmarañada, que parecen no empezar ni terminar. Pero, al cabo de unos años, se desprenden y toman direcciones divergentes.

A partir de ese momento, la presión moral, la religiosa y la conciencia, se entrecruzan mutuamente. Una de ellas prepondera; pero, si es razonable, no domina a las restantes. Son como tres líneas paralelas y de intensidades diferentes. A veces, alguna se destaca y absorbe la atención (por su anchura o su color); pero, en el hombre equilibrado, suelen tener las mismas especificaciones.

La principal, que es la conciencia, encauza a las restantes. No obstante, se atiende al callejón que éstas le marcan.

Según lo dicho, esa conciencia es intuitiva. Lo es, al menos, en su origen. Pero, a pesar de todo, actúa a modo de palanca. (Lo dije al empezar este trabajo).

Actúa, pues, dicha conciencia, tan sólo cuando existe alguna fuerza; y, sin embargo, el ideal consiste en no tener que utilizar la mencionada fuerza —religiosa o moral (patriótica en mi caso)— para lograr el bien o asegurar el buen camino. El ideal supremo es que el hombre sea perfecto: que lo sea sin consejos, sin lecciones, sin amenaza de castigo. Mas como esto no sucede, resulta necesaria aquella fuerza. Sólo cabe, por lo tanto, aminorarla; y, a este efecto, el ser humano acude nuevamente a su conciencia.

Pero, acudir a su conciencia es casi denigrante para el hombre. Este no debería verse obligado a reaccionar contra sí mismo para cumplir lo que dispone el buen sentido. El instinto debería bastarle: un instinto natural e ineducado..., un instinto rudimentario. Y debería bastarle tanto más cuanto que Dios le ha concedido tal instinto, con la vida.

Son la escasa educación y los ambientes inhumanos los que obligan a inculcar un tanto de moral o a consultar con la conciencia. Pero, a su vez, estos ambientes no existirían si el instinto produjera un buen efecto, y aquella poca educación no haría falta si ese mismo instinto fuera absoluto.

Para esta segunda —la educación del hombre— tornamos a las fuerzas previamente mencionadas: a las barreras laterales del camino obligatorio: la religión, la moral, o la religión y la moral.

Barreras, éstas, que pueden reforzarse: la religiosa, pensando en la otra vida, y, la moral, con mucho patriotismo.

El patriotismo, pues, compensa la falta de moral política y, a mayor abundamiento, la escasa conciencia espiritual. De igual manera, el temor a la otra vida surge de no considerar la religión como un deber. En efecto, la conciencia *multiplica*; pero el temor de Dios o el miedo a quedar mal ante la humanidad *elevan a la enésima potencia*. Ambos son necesarios cuando esa conciencia es deficiente.

\* \* \*

Por instinto, mediante la conciencia o con moral patriótica, se diluye la vanagloria resultante de realizar una obra buena, y, de paso, se asegura su conservación, y aún su mejoramiento. (Y con esto me refiero, indistintamente, a obras materiales e intelectuales).

El instinto no tolera un agasajo realizado por los presentes; la conciencia admite una discreta aceptación de ese agasajo; el patriotismo, en fin, es compatible con la recompensa pública. Por eso, la conciencia es preferible; mas los otros —patriotismo y religión— son reservas necesarias. (En los caminos cortados a pico, las barreras son indispensables.)

\* \* \*

Si el hombre es religioso su conciencia manda y su moral patriótica es una simple consecuencia o una derivación de la primera. Pero, si no es bastante religioso, esta moral podrá tener el puesto principal, y ser, la conciencia, la resultante lógica de aquélla.

En todo caso, el deber emana de ambas. No espera la actuación de los temores. No debe esperarlos. (Los postes del camino en la montaña, suelen llamarse «quita-miedos».)

Ese deber enlaza todos los senderos. Es moral y es material: es religioso y es patriótico.

Cualquiera sea la base en que él se fundamenta, la intensidad de su noción depende del maestro y de la fertilidad del medio en que éste haya sembrado.

Cristo, en efecto, que tanto fruto consiguió, sembró en la mejor tierra de este mundo. Galilea, en efecto, es muy pequeña; pero es muy rica. Un dicho rabínico asegura que «es más fácil alimentar a una legión en Galilea que a un solo niño en todo el

resto de Israel (9). *La tierra de Galilea, en sus mejores sitios, está hecha de aluviones encarnados. Cuando la reja del arado abre los surcos, parece que la hiere... y cuando los trigales, de más altura que los hombres, se llenan de espigas, dan la impresión de recubrirla con una tela púrpura, bordada en oro... Y esa tierra afortunada es la que eligió el Divino Sembrador, para volar la semilla de su doctrina* (10).

Es la tierra que eligió para inculcar una conciencia espiritual que había de extenderse por casi todo el mundo. En ella, llamó a los hombres, les predicó y los convenció. En un principio, no les habló de recompensa o de castigo. Cuando ellos lo buscaban (ansiosos de escucharle...); cuando lo detenían, lo rodeaban El pretendía sólo consolar y aminorar los sufrimientos. Les decía que se amaran entre sí, y que amaran a sus propios enemigos; e incluso les decía que ayudaran a cuantos les odiasen (11).

Jesús decía al revés que ahora decimos. ¡Cuántas veces se oye, en nuestro tiempo: «el que no está con nosotros, está contra nosotros»!; y, sin embargo, San Juan tuvo que oír, en cierto caso —a consecuencia de una idea que disgustó a Nuestro Señor—: «el que *no se halle contra Nos, está por Nos*» (12). Y alguno ha asegurado que aplicando dicha idea —ese consejo, sería mejor decir—, *la Iglesia busca todo lo que junta, mas no lo que separa* (13).

Lo que separa lo busca el hombre sólo; y, si no tiene conciencia lo busca con afán.

\* \* \*

La conciencia espiritual se extiende a todo. No en vano los profetas y algunos pensadores, los directores psicológicos de las colectividades, y, sobre todo o sobre todos nuestro Jesús divino, educaron a los suyos antes de querer perfeccionarlos; y —de entre todos— los que hablaron de otra vida aleccionaron a su gente antes de ofrecer la eterna recompensa. Ciertos mantenedores del principio original recurren a la salvación del alma para lograr me-

(9) DANIEL-ROPS: *Jésus et son temps*, pág. 231.

(10) DANIEL-ROPS: Ob. cit., pág. 230.

(11) Evangelio de San Lucas, VI, 27.

(12) San Marcos, IX, 38-40, y San Lucas, IX, 49.

(13) DANIEL-ROPS: Ob. cit., pág. 291.

recimientos; pero el que está imbuído de firmeza y de sentido espiritual sigue el orden que siguieron los filósofos y encauza al hombre hacia una meta cuyo resultado —y no cuyo fin— es aquella salvación.

\* \* \*

El Padre José, eminencia gris de Richelieu y su inmediato colaborador en lo relacionado con la política extranjera, se hallaba convencido de que el divino Reino podía alcanzarse exterminando a los enemigos de la monarquía francesa, y a este fin hizo cuanto pudo para prolongar la guerra de los Treinta Años, que tanta miseria ocasionaba. Después del día en la dirección del cruel asedio de La Rochelle, pasaba media noche, o bien rezando o escribiendo normas para los monjes que se hallaban bajo su férula; y, a veces, estas normas se referían a casos de conciencia, que sólo se atenuaban por ser suyos (14).

En circunstancias semejantes, la fe no es consecuencia del deber. Es una fe egoísta. Es la fe del carbonero o la fe del pusilánime, que son opuestas por el vértice y completamente diferentes. Ambas son fe de hombre mediocre. Son incompletas e inadecuadas. No surgen de razón, sino de miedo. Son indeseables para la Patria.

Son indeseables porque se anteponen al principio religioso. Son ajenas al bien común.

Es necesario corregirlas; y a ese efecto, hace falta comparar con lo demás. En el mundo, hay demasiado personalismo. Parece como si cada hombre bien dotado quisiera unirse a un hecho propio. «Ante enemigos que se lanzan en compactos escuadrones con el propósito de aniquilarnos, avanzamos algo así como unos simples cazadores que se proponen dar un golpe aislado. Y no nos damos cuenta de que en tanto que estos éxitos se logran puede perderse la batalla» (15).

La lucha, pues, ha de ser dura. Hay que resignarse a combatir y conseguir merecimientos en la tierra.

---

(14) HUXLEY (Aldous): *Grey Eminence. The biography of Father Joseph the paradoxical Mystic who inspired the Power Politics of Cardinal Richelieu*. Londres, 1943. Chatto and Windus.

(15) PADRE LOMBARDI: *Para un mundo nuevo*, pág. 296.



Mas si el hombre debe resignarse, no por eso el gran Estado —compuestos de hombres, al fin y al cabo— podrá dejar de darle ayuda continuada. Es más, su misión fundamental es dicha ayuda al hombre aislado. Si éste pudiera solventar los innumerables problemas de su vida sin un Estado pendiente del citado «bien común», dicho Estado estorbaría: no habría nacido con los siglos, lentamente. Pero en estas condiciones —no hace falta recordarlo—, sólo el fuerte, sólo el hábil, sólo el astuto o el malo lograría lo preciso para él y su familia; se volvería a lo primitivo, y acaso Jesucristo se reencarnaría para decirnos otra vez que nos amáramos como El nos amó siempre. Otra vez recurriríamos a un poderoso personaje, a un Cónsul a una Asamblea o a un Estado que —a falta de amor entre los hombres— pusiera paz entre ellos, y que —a falta de ayuda nuestra— les proporcionaría el beneficio indispensable.

En efecto, el Estado debe imponer la idea de Cristo por la fuerza. Pensarlo sólo, es agobiante. Mas, de ese modo, la *paz* y la *justicia* se facilitan mediante el bienestar que trae la ciencia, que, otra vez, es necesario distribuir debidamente, con *justicia* suma, a fin de que haya *paz* entre los hombres.

La obra no es sencilla. El justo equilibrio que tanto recomienda nuestro Santo Padre Pío XII no es cosa fácil de alcanzar. Cada cual se considera en este mundo bastante equilibrado para que sus principios sean los más recomendables, y —por consiguiente— los más convenientes para lograr el sometimiento de enemigos y de amigos. Y los más intransigentes suelen ser aquellos que no tienen por qué imponer su idea a los demás.

Pero cuando se observa la religiosidad con que la gente nuestra sigue el Santo Sacrificio de la Misa, cuando se calcula el número de españoles que reciben cada día la Sagrada Forma, cuando se medita sobre la veneración de nuestro pueblo a las imágenes de Cristo y de la Virgen, cuando se admira el espíritu católico de Nuestro Movimiento Nacional... se deduce que la suma de esas fuerzas puede encauzarse fácilmente en beneficio de la idea proclamada por Jesús de Galilea en Palestina.

Y si esto se consigue, la conciencia espiritual integrará el pilar más importante del Estado.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

De la Real Academia Española

